

cia de los incesantes esfuerzos que la industria individual hacia, y el poder se fué deslizando de las manos de las altas clases, porque el lujo absorbía sus rentas. Cuando asomaron las primeras disensiones civiles, se manifestó esta diferencia en abultadísimo relieve. No fué ya la nobleza territorial la que se presentó en campaña, acaudillada por sus respectivos señores, ni los vecinos de las villas que sostenían aisladas contiendas en defensa de sus murallas, sino la guardia nacional, que volaba por todas partes á las armas, animada por un sentimiento unánime, y apoyando su vigor en la convicción de que contaba con auxilio mutuo. No esperó á que se le pusiesen á la cabeza sus señores, ni á que sus magistrados la dirigiesen; sino que, obrando con intrepidez por sí sola, sostuvo la causa de la libertad democrática contra las autoridades que hasta entonces había estado acostumbrada á obedecer.

II. El espíritu marcial del pueblo francés, el valor con que lo dotó la naturaleza, y que se había hecho mayor á consecuencia de las muchas glo-

Espíritu marcial del pueblo.

rias que la nación había adquirido, le dieron la fortaleza moral necesaria para iniciar la lucha y el grande sufrimiento que era indispensable que tuviese para sostenerla. A no ser por esta circunstancia, jamás se habría intentado la Revolución; ó si hubiera empezado, presto habría sido sofocada por la fuerza militar que tenía á su disposición la monarquía. En muchos países de Europa, como la Italia, Portugal y España,

perdió el pueblo, durante los siglos de paz que tuvo, aquella firmeza que es tan necesaria para conquistar la independencia; quéjense aquellos pueblos de sus opresores, lamentan su degradación, lloran la pérdida de sus franquicias; pero no tienen la suficiente resolución para recobrarlas. A menos de que no se les presenten caudillos extranjeros que los dirijan, son incapaces de arrojar-se á la palestra por sí solos, y hacer esfuerzos que manifiesten tesón ó brio; cuando se desprenden de su tutela, se vuelven á sumergir inmediatamente en la imbecilidad que les caracteriza. Pero el caso era muy diverso con relación á los franceses. Las dilatadas y calamitosas guerras que habían sostenido con los súbditos de Inglaterra, sus contiendas de religión en el siglo XVI, y sus incesantes combates con las potencias europeas, habían creado en ellos un espíritu militar que no habían podido extinguir ni la fruición de la paz doméstica, ni los beneficios que resultan de una protección incesante. En todas épocas fué el pueblo francés el más belicoso de Europa, y el espíritu de empresa militar está íntimamente relacionado con el de libertad civil. El valor militar puede subsistir, y aun muchas veces subsiste de hecho, sin libertad doméstica; pero la libertad doméstica sin valor militar, no puede conservarse mucho tiempo.

III. Aun cuando se estinguió la reforma en Francia, quedaron en todo su vigor, en la esfera del gusto y de la filosofía, la libertad del pensamiento y el espíritu de investigación. No hizo Luis XIV diligencia

Filosofía y literatura.

alguna para reprimir el ingenio literario que bajo su reinado se ostentó, y la energía intelectual que se desplegó en su tiempo, sobre todo género de materias, no ha conocido superioridad todavía. En la lucha mental que se empeñó durante la revolución, no se vió mayor robustez de pensamientos, que la de los que Corneille y Pascal emitieron. Pero cuando goza la imaginación de una libertad ilimitada, no es posible que por mucho tiempo subsista, sin que las cuestiones de política sean el objeto de sus pesquisas; y las materias en que siempre se ejerce de preferencia el pensamiento, han sido, y siempre serán, la religión, la política y la condición actual y futura del hombre. Operóse esta mutación bajo el reinado de los débiles sucesores del gran monarca. En las investigaciones filosóficas que se practicaron durante el siglo XVIII, en los escritos de Voltaire, Rousseau, Raynal, y los enciclopedistas, se entabló, sobre materias de política, la discusión mas franca y resuelta. Por una ceguedad estraña, las autoridades constituidas, á pesar de su despotismo, no daban paso alguno á reprimir la emisión de aquellas doctrinas; y como se enunciaban en términos generales ó haciendo relación á otros Estados, parecían no ejercer una influencia inmediata sobre la tranquilidad del reino. Descansando los soberanos en el apoyo que les prestaba la nobleza, contando con la protección del ejército, y confiados en el dilatado sosiego en que se habia conservado el país, consideraban su poder á cubierto de todo ataque, y no prevenían que mal pudie-

ran ocasionar los ensueños del contrato social ó el ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones. Cualquiera que hubiese intentado hacer un ataque directo, habria ido á dar inmediatamente á la bastilla; pero las ideas generales que se emitian, no excitaban la mas leve inquietud en la nobleza ni en el gobierno. Hallábase tan generalizado este error, que la juventud de las altas clases se divertía en formar teorías fantásticas acerca de la original igualdad y primitiva condición del hombre, para deducir que eran tan inaplicables al estado de aquella sociedad, como el libertinage de Otahití ó la igualdad de la Tartaria (1).

No es estraño que las altas clases cometiesen tal error con respecto á la época en que vivían. Adelantábanse hácia una region totalmente desconocida por entre la cual tenia que marchar el político, observando un nuevo cielo y constelaciones distintas. Juzgándose de aquel tiempo por el pasado, no se debia temer peligro alguno; porque todas las convulsiones de alguna gravedad que en épocas anteriores se notaban, habian sido acaudilladas, cuando menos, por una parte de los individuos de la nobleza. Pero nosotros que sabemos hoy las consecuencias que se siguieron, notamos que ya asomaba en el horizonte la nube que debia sumergir al universo en las tinieblas.

Las teorías de aquellos elocuentes filósofos se difundieron con profusión por entre los indi-

(1) Memorias de Segur, I, p. 62. Lac. I, 12, 10.

viduos de la generacion naciente. Cautivada por la novedad de las ideas que en sus escritos se enúnciaban, deslumbrada por el esplendor de su elocuencia, y seducida por los rasgos de la antigüedad que se la ponian á la vista como modelos, la juventud de la época acójió con entusiasmo, no solamente los principios de libertad, sino aun los de republicanismo. Las injusticias y la opresion que habia ejercido y ejercia el feudalismo, produjeron una reaccion en los ánimos proporcionada al yugo. Las clases medias, en particular, siendo las que mas resentian el peso de las cadenas de la servidumbre, y las que mas deseos tenian de emancipacion, por ser las primeras, á las cuales beneficiara, acogieron á la libertad con estremada vehemencia. Madama Roland, que era hija de un grabador, y que habia vivido en una condicion humilde, lloró á los nueve años de edad, porque no la habia tocado en suerte nacer ciudadana romana, y cuando iba á misa, en lugar de un devocionario, llevaba, para leer en la Iglesia, la vida de los hombres ilustres de Plutarco (1).

Puédese conocer cual es el carácter dominante de las ideas que mueven el ánimo del pueblo, observándose el género de elocuencia que adoptan los que lo dirigen, y la clase de alusiones de que se sirven. Durante la gran insurreccion de Inglaterra, el lenguaje de que invariablemente hicieron uso los gefes populares, fué el del mas tenebroso fanatismo; sus imágenes y alusiones

(1) Madame Roland, I, 88, 89. Introduction, p. 18.

eran todas tomadas del Viejo Testamento. En aquel tiempo el fanatismo era la única máquina por medio de la cual se pudiese poner á la masa del pueblo en movimiento. En Francia jamas el partido popular hizo uso de la religion en sus alusiones; ó si remotamente la tocaba, era solo para convertirla en objeto de burla y escarnio. Metáforas tomadas de los autores clásicos, alusiones á la libertad y al espíritu de los antiguos, eran los medios eficaces, por los cuales se excitaba al pueblo; los nombres de Bruto y de Caton, de Escipion y de Temístocles, se exhalaban incessantemente de sus lábios. En ningun caso se oian mas ruidosos aplausos en el recinto de la asamblea nacional, que cuando alguno de sus miembros tenia la fortuna de hacer alguna brillante alusion á los héroes de Grecia ó Roma; jamas se elevaba el pueblo á grado mayor de entusiasmo, que cuando se le exitaba á que siguiese el ejemplo de los patriotas de las repúblicas antiguas. Aun en los momentos de peligro extremo, cuando tenian ante los ojos á la muerte, servíanse de las mismas imágenes; y es imposible leer, sin emocion, los nobles sentimientos que manifestaron muchas veces las víctimas del furor popular, al exhalar el postrer aliento, en el estilo elocuente de los antiguos (1).

IV. En Francia, los empeños de la Iglesia corrieron la misma suerte que todo esfuerzo que en una época que tiende al progreso, se haga para cautivar la in-

(1) Lingard, XI, 360.

teligencia humana; la resistencia á su autoridad generalizóse, y en la vehemente oposicion que se la hizo, desechóse sin exámen lo bueno y lo malo de sus preceptos. Esta es la consecuencia que ordinariamente produce el acto de obligar al entendimiento á que admita como verdaderas, increíbles y absurdas doctrinas. Mientras el ánimo del pueblo se encuentra sumido en un estado de adormecimiento ó inercia, aco-ge, sin exámen, cuanto sus directores espirituales le presentan; pero cuando el espíritu de investigacion se generaliza, y la luz de la razon se difunde, la rebeldia que se opera en sentido opuesto es tan grande, quanto lo era la docilidad, y reemplaza la incredulidad al fanatismo supersticioso. Los reformadores en religion hacen lo mismo que los reformadores en política; rara vez acontece que se limiten á corregir aquella parte, que tengan realmente defectuosa las instituciones, que se oponga á los adelantos, sino que apoderándose de ellos la manía de innovar, destruyen el todo por causa de los vicios que una parte contiene. Lo mismo sucedió respecto de la iglesia católica en Francia; á pesar de estar sostenida, como lo estaba, por los nombres mas distinguidos, y de hallarse adornada con los mas brillantes ingenios; no obstante que sus doctrinas, en su mayor parte, enseñaban una fé sumamente sencilla y benéfica, cayó en ridículo por solo la circunstancia de que se oponían á la razon algunos de sus dogmas. Por fuerté que llegue á ser la superstición, la influencia de la razon es mas fuerte todavia; cuando se

quiera dar fomento á la primera es necesario encadenar á la segunda.

De aquí provino que en Francia la investigacion filosófica, cuando comenzó á tomar vuelo, marchase de concierto, no solo con una exagerada libertad de pensamiento, sino aun con una irreligion desenfrenada. Demasiado conocidos son los escritos de Raynald, Voltaire, Diderot y Rousseau, para que sea necesario presenta otras pruebas de la veracidad de este aserto. El mal que causan tales producciones, no es eterno; la reaccion contra ellos es infalible, y la causa del cristianismo, purificada en el crisol de sus humanas imperfecciones, vuélvese á ostentar al cabo de algun tiempo, en su primitiva sencillez y con mayor grado de potencia. Ya ha comenzado esta reaccion á operar, y la investigacion filosófica, libre de los errores en que la hiciera incurrir un incrédulo siglo, ha referido en la capital de la Francia, á muchos que sobrecogidos de admiracion la escuchan, la historia de los beneficios que debe la humanidad á las instituciones religiosas. Pero los efectos que produjeron aquellos escritos escépticos, fueron en eminente grado perjudiciales. Con el hecho de acostumar á los hombres á burlarse de aquello que mas reverencian los otros, al sugerirles que desechasen los principios y la fé que profesaron sus mayores, abrieron la senda á una general dissolution, no solo de los vínculos religiosos, sino aun sociales. Un corto paso tienen solo que dar los que desdeñan á la autoridad religiosa para atropellar á la civil (1).

(1) Guizot, Hist. Europ.

Tambien en el seno de la Iglesia y entre todos aquellos que se hallaban bajo el dominio de su influencia, habian cundido las simientes del inveterado descontento; ocasionábalo la odiosa distincion que se hacia de todos aquellos individuos que fuesen de extraccion plebeya, al no dejarles participar de las dignidades y emolumentos eclesiásticos. Es cierto que habia casos extraordinarios en que la fuerza del talento hacia que se elevasen algunos hombres que no contaban en su favor con el prestigio de la sangre; pero generalmente hablando, las dignidades de la Iglesia se componian de miembros de la misma categoría de que se formaban los mariscales ó los príncipes del imperio. Al paso que los obispos y el alto clero nadaban en riquezas, ó participaban del esplendor del trono, en virtud del favor régio, el clero inferior, al cual estaban encomendados todos los deberes prácticos del cristianismo, entregábase afanosamente en su modesta oscuridad á sus tareas, y apenas gozaba de mas consideracion y de mayores comodidades que los campesinos de que se formaban sus rebaños (1). La sencilla piedad que mani-

(1) La suma total á que ascendian las rentas de la Iglesia por el solo ramo de diezmos, era la de 130000000 de francos; y de esta únicamente 42.000.000 circulaban entre los sacerdotes que administraban las parroquias: (1) el número de eclesiásticos era el de 80.000 (2). Pero esta renta, aun cuando parece considerable, era insignificante en proporcion de las vastas posesiones ter-

(1) Necker.

(2) Sieyes, 81. *Bibliothèque d'un homme public, par Condorcet*, III, 132.

festaban aquellos sacerdotes campesinos, y los servicios que sin ostentacion prestaban, les hacian caros á sus feligreses y formaban un notable contraste con las costumbres muelles y la vida disipada de los individuos que ocupaban las altas dignidades de la Iglesia. Las enormes riquezas que poseian escitaban la envidia, no solo de los demas eclesiásticos, sino aun del pueblo; y la incesante ociosidad en que vivian no prestaba materia para poder justificar la escandalosa desigualdad de sus fortunas. He aquí lo que ocasionó la general indignacion que se desarrolló en 1789, contra los vicios y la corrupcion de la Iglesia, y la extrema facilidad con que al principio de la Revolucion se la despojó de sus bienes para proveer á las escaseces del erario (1).

V. Un insulto lastima mucho mas que un Privilegios de los nobles. perjuicio. El orgullo de la nobleza es mas difícil de tolerar que todas las exclusivas inmunidades de que goza. "Aun cuando eran numerosos y muy grandes los males que padecia la nacion francesa," dice el mas hábil de los historiadores realistas, "no fueron ellos los que dieron margen á la revolucion. Ni los impuestos, ni las cartas-órdenes y demas

ritoriales de esta clase, las cuales ocupaban casi la mitad de todo el territorio de Francia (3). La nobleza y el clero eran dueños de las dos terceras partes de los bienes del reino; la tercera restante estaba en manos de las clases bajas, que eran las que soportaban en mayor proporcion los gravámenes del Estado (4).

(1) Chateaubriand, *Etudes*, Hist. III, 284.

(3) Rivarol 93. De Stael, I, 13.

(4) Rivarol, 93, 94. De Stael, I, 44. 199.

abusos de autoridad; ni las vejaciones de los prefectos, ni la ruinosa lentitud de la administracion de justicia, exasperaron á la nacion; el prestigio de la nobleza fué el que originó todo el fermento: hecho que prueba que los tenderos, los literatos, la gente acaudalada, y en fin, todos los que tenian envidia á la nobleza, fueron los que excitaron contra ella á las clases de las ciudades y á los labradores de los campos. A la verdad era cosa muy singular que la nacion digese á un niño: Algun dia llegarás á ser prelado, mariscal ó embajador, por solo la circunstancia de que poseia pergaminos, y que nada tuviese que ofrecer á sus demas hijos." En efecto, llegó á hacerse esta distincion tan insoportable para los hombres de talento y los ricos, que compraron patentes de nobleza siempre que tuvieron la posibilidad de adquirirlos; pero de aquí se originaron para la monarquía, una nueva dificultad y nuevos peligros. Aun cuando con la riqueza se compraban títulos, no podia adquirirse hidalguía; no podian obtenerse con ella nombres distinguidos en la historia, ni borrarse por su medio la mancha de una estraccion humilde. De aquí provino la distincion que se introdujo entre la nobleza de antiguo origen y la reciente, y que se operase entre los miembros de la aristocracia, una division que les impidió tomar medida alguna concertada para proveer á su seguridad comun. Las familias de alta nobleza tenian mas recelo á los *parvenus* (intrusos) que á las clases inferiores del pueblo (1). No

(1) Thiers, I, 34.

esperaban de las últimas mal alguno, pero los primeros se habian colocado en una esfera demasiado próxima á la que consideraban como su esclusivo dominio.

La distincion entre la nobleza y la plebe habia llegado en Francia á un grado que dificilmente concebirán los libres habitantes de la nacion inglesa. Así, no habia mas que nobles ó *roturiers*; (plebeyos) no se conocian clases intermedias, y de consiguiente no se observaban las gradaciones que constituyen las sociedades. Véase de un lado á 150,000 individuos privilegiados, y del otro á todo el pueblo francés acumulado en masa. Todos los puestos de importancia que tenia la iglesia, el ejército, la corte, la justicia ó la diplomacia, desempeñábanlos esclusivamente los individuos de la primera de las dos enunciadas clases. En cualquier pais que esté floreciente y vaya en progreso, este sistema es suficiente por sí solo, para ocasionar revolucion. Los ricos no podrán sobrellevar por mucho tiempo la insolencia del orgullo aristocrático; el talento atraerá, á la larga, el ridículo sobre la preferencia y consideracion que se tributan al rango. Cuando se ha formado el espíritu público en cualquier pais donde existen otros medios de distinguirse ademas del que presenta el nacimiento, osténtase siempre el talento entre aquellas clases, sean cuales fueren, que hacen oposicion al gobierno. Nótase esta tendencia en todas las naciones liberales; pero en ninguna parte se echará de ver mejor que en Inglaterra, si se consultan las páginas recientes de su historia. Es-

ta circunstancia es inherente á la libertad del pensamiento, que es la inseparable compañera del verdadero ingenio, y es el contrapeso que ha establecido la naturaleza para moderar la autoridad del gobierno, que de otro modo se haria despótica. Este cambio, de consiguiente, se habia operado en Francia desde antes que la revolucion estallase. Las clases industriosas, los hombres de talento y los ricos, profesaban un odio unánime á la nobleza; el grito general era el de libertad é IGUALDAD; clamor que por rareza se oyó exhalar durante la insurreccion inglesa. Igualdad de clases, abolicion de privilegios, eleccion imparcial para ocupar los puestos públicos; he aquí lo que pedia con fervor la nacion toda, porque de aquellas causas procedian los males que habian originado el descontento hiriendo la vanidad de los franceses, que es uno de los principales rasgos de su carácter. La revolucion se dirigia mas bien contra la nobleza que contra el trono; tendia á destruir el duro yugo de la tiranía feudal; yugo incompatible con el espíritu del siglo, y que se apoyaba en el poder de los conquistadores bárbaros (1).

VI. Las contribuciones que se hallaban establecidas en Francia eran onerosas en sumo grado, y se habian hecho altamente odiosas por la desigualdad con que gravitaban sobre los diversos órdenes sociales. Las dos clases privilegiadas que formaban la nobleza y el clero, estaban exentas de muchos de los mas

(1) Thiers, I, 34, 35. Nap. en D'Abbr., VII, 169. Bayrol, 7.

gravosos impuestos: fundábase este privilegio en la ficcion que forjara el feudalismo, sobre que los primeros defendian al Estado con la espada, y los segundos intercedian á Dios por él con sus ruegos. Esta razon habia sido en todos tiempos insostenible, pero con mucho mayor fundamento lo era cuando habia mediado tan dilatado periodo de paz en que se habia entregado á rienda suelta la nobleza á los pasatiempos de la corte, y durante el cual muchos individuos del alto clero, segun con justos motivos se sospechaba, se habian abandonado á iguales vicios. La mayor suma de gravámen que dió á los impuestos que ya pesaban sobre el pueblo, la esencion de ellos que se concediera á la gran masa que formaban las clases mas opulentas de la sociedad, aun cuando era un mal considerable, no era el mas grave; consistia su magnitud en lo palpable de la injusticia (1).

Pero se han emitido sobre este particular muchas ideas erróneas, y se ha supuesto á la esencion de contribuciones, de que se dice disfrutaban los órdenes privilegiados, mayor latitud de la que realmente tenia. Es incuestionable que no contribuian con una completa igualdad entre sí ni con respecto al pueblo, pero no por esto dejaban de auxiliar ámpliamente al Estado para que cubriese sus atenciones; ni la nobleza ni el clero estaban esceptuados de pagar las contribuciones indirectas, que tanto en Francia como en otros paises constituyen una gran parte de las

() Monthion, Canciller del Conde de Artois, 154. De Staël, I, 150. Thiers, I, 34.

rentas públicas. La nobleza estaba sujeta al impuesto de capitacion y al *vingtieme* (vigésimo), cuyas dos contribuciones reunidas habia veces que rendian cuatro chelines por libra. El clero de las provincias, que se habia agregado á la Francia en virtud de la conquista, y que poseia una octava parte del territorio, y la sesta de los bienes del reino, tambien pagaba la contribucion de capitacion y la del *vingtieme*; y aunque el clero de las primitivas provincias no pagaba la capitacion, era porque la habia redimido exhibiendo 24,000,000 de libras francesas; ó sea 1,000,000 de esterlinas; tampoco pagaba el impuesto de *vingtieme* pero en compensacion hacia donaciones gratuitas y estaba sujeto á otros gravámenes que equivalian con esta diferencia á lo que las otras clases satisfacian. El verdadero motivo de disgusto, y en efecto el mas esencial, era el privilegio que tenian ambas clases de no pagar el impuesto de talla: esta era una contribucion directa sobre los productos de la tierra, la mas odiosa é impolítica de cuantas existir puedan; y como su peso gravitaba esclusivamente sobre el estado llano, hé aquí de donde tomó origen la general creencia de que las clases privilegiadas no estaban sujetas á tributo de ninguna especie (1).

Las contribuciones que habia establecidas en Francia tenian la circunstancia, no solo de ser onerosas, sino aun de estar distribuidas con desigualdad entre los mismos que las soportaban; ademas, eran altamente opresivas para los que

(1) Burke's Considerations, V, 222, 223. Duc de Gaeta, II, 311.

se dedicaban á la labranza. Las de talla y *vingtieme*, que esclusivamente pesaban sobre el trabajo del labrador, y que se deducian de sus ganancias, agregándolas otros impuestos menores rendian nada menos que 171,000,000 de francos; ó sea 7,505.000 libras esterlinas, suma equivalente á la de 15,000,000 de libras que con iguales contribuciones producirian por lo bajo los terrenos en Inglaterra. Tan excesivo era el gravamen que atraian sobre la agricultura estas gabelas, que una competente autoridad en la materia ha calculado que suponiendo que el producto de un acre de terreno fuese el de 2 lib. 3 chel. y 7 peniq., la parte que tocase al rey seria la de 1 lib., 18 chel., 4 peniq., la del propietario del terreno cultivado 18 chel., y la del labrador 5 chel.; ó si el dueño era el que cultivaba por sí solo su terreno, tocariale en parte 1 lib., 4 chel., y 3 peniq., al paso que tendria derecho el soberano á 1 lib., 18 chel., 4 peniq. O explicándonos en otros términos, si se dividiese el producto en doce partes, cerca de siete y media serian del rey, tres y media del dueño de la tierra, y una del que la labra; mientras que en Inglaterra, en la misma época, si el producto era el de 8 lib., la contribucion sobre terrenos y asignacion de pobres habria importado 10 chel., la renta por la tierra 1 lib., 10 chel., y la parte del labrador habria sido la de 6 lib. ó sea las tres cuartas partes del producto, en vez de la duodécima que le habria tocado segun el sistema de impuestos que se observaba bajo la monarquía francesa. Casi una tercera parte de la Francia, en aquel